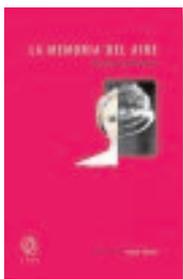


Cada dolor produce su propia morfina

«La memoria del aire», de **Caroline Lamarche**, es un duro relato que prueba que no hay nada como el miedo para atarse a alguien

MERCEDES MONMANY

Con un estilo seco, devastador, con frases que cortan la respiración pero también el aire al que se quiere dar voz como un testigo mudo perdido «en lo más frío del universo», la narración breve *La memoria del aire*, realmente impresionante, de la belga Caroline Lamarche (Lieja, 1955) no deja indiferente, casi se podría decir que indemne, a nadie. Tampoco salió indemne la mujer sin nombre que lleva a cabo, en medio de la pesadilla recurrente de algunas palabras y hechos del pasado («si gritas, te mato») su relato de una violación sufrida hace veinte años. ¿Por qué volver a ella tanto tiempo después, a aquello que su madre ya le había advertido que «no es más que una molestia pasajera, que a fin de cuentas pasa bastante rápido»? ¿Hace falta contarlo? ¿Aguantar que un comisario, a punto de ser jubilado, en su rutinario interrogatorio, le inste a contestar a la pregunta «¿gozó usted? es importante para la investigación»? Pero esto es solo el final de este pequeño y estremecedor libro de apenas 100 páginas.



La memoria del aire
C. Lamarche
Tránsito, 2018
108 páginas
15.90 euros
★★★★

EL COMIENZO DE UNA espeluznante y a la vez bellísima narración, a pesar de su dureza. El lenguaje empleado, la capacidad de condensar y recordar, la poesía en medio de la angustia y el desamparo de un ser que se cree culpable de todo, es soberbio, digno de esta gran escritora, desconocida en nuestro país, pero autora de un buen número de novelas, libros de poesía y textos teatrales. La protagonista se desdobra y habla con «una muerta», ella misma, arrojada en un sueño calcado de la realidad a un profundo y solitario barranco, como una Ofelia mítica abandonada y sumergida en un lecho de hojas, que le hacen de sudario. Ya nada sería igual a partir de entonces, con «heridas mal curadas o directamente no curadas». Nada mitigaría la soledad de aquella visita al terror puro de hace años. Aquella eterna «Bella Durmiente» se embarcaría después en una pasión nefasta, en una unión conyugal de siete años, marcada por la sumisión. Marcada por una relación cruel y destructiva, por «un cruel juego» absorbente y sadomasoquista con un hombre que alternaría violentos cambios de carácter con una tiránica necesidad de adoración. Un escritor frustrado que encerraría a su mujer en su egocéntrico círculo infernal, anulándola y arrastrándola con él.

HISTORIAS DE SADISMO doméstico y cotidiano que grandes escritoras como Ingeborg Bachmann o Clarice Lispector reflejaron también magistralmente en sus relatos. «Nada como el miedo para atarse a alguien», se nos dice. Un dolor difícil de comunicar, incomprensible («dicen que el cuerpo cuando es sometido a un dolor muy grande, produce su propia morfina; yo creo que el alma también») que Caroline Lamarche expresaría en una magnífica obra que tiene todas las cualidades y altura literaria de los clásicos. ■



Caroline Lamarche

LA OTRA HISTORIA MÁS TRISTE JAMÁS CONTADA

Julian Barnes, después de publicar su ensayo sobre arte «Con los ojos abiertos», regresa a la intensidad de su narrativa

La única historia
Julian Barnes



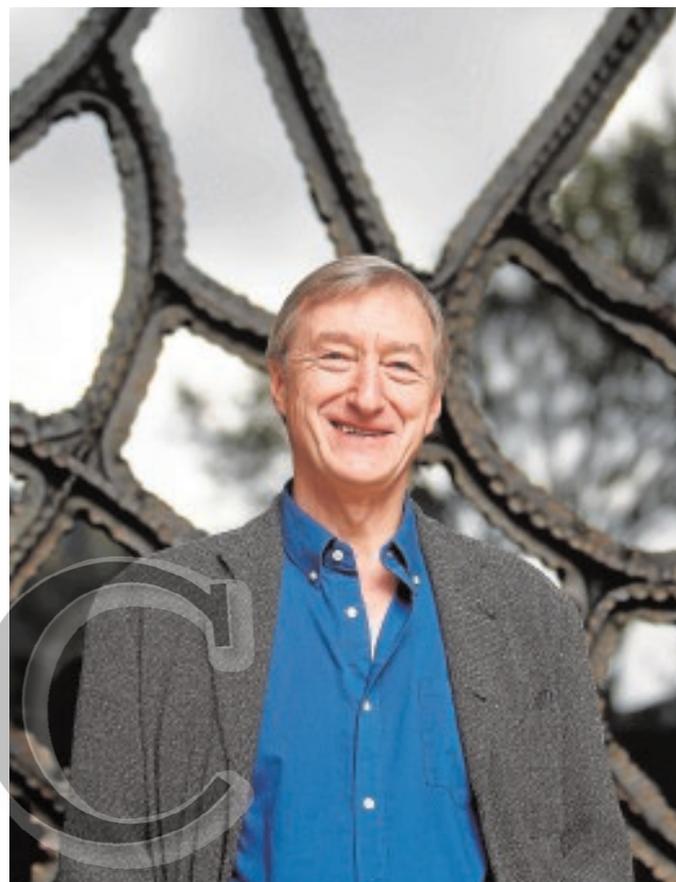
Trad.: Jaime Zulaika
Anagrama,
2019
240 páginas
19,90 euros
★★★★

RODRIGO FRESÁN

Es posible que las primeras líneas de *La única historia* de Julian Barnes lleguen a ser tan citadas como la del *El buen soldado* de Ford Madox Ford donde se advertía al lector aquello de que «Esta es la historia más triste que he oído jamás». ¿Por qué? Porque este «¿Preferirías amar más y sufrir más o amar menos y sufrir menos? Creo que, en definitiva, esa es la única cuestión» con el que Barnes (Reino Unido, 1946) abre su novela número trece parece engancharnos de entrada con el mismo tono elegíaco de lo de Ford. Y porque –más allá de sus muy diferentes tramas– ambas se ocupan de lo mismo: de la manera en la que se elige recordar algo para contarlo después. Ya se sabe: el narrador de quien no hay que fiarse demasiado por ser parte involucrada.

La única historia se vale de ese recurso poderoso y vuelve a insistir en una melancolía y una nostalgia característica de los libros más recientes de Barnes asumiéndose ya como un crepuscular hombre «de una cierta edad». Pero lo cierto es que Barnes ya era exactamente así desde sus comienzos, desde su debut en *Metroland*: donde ya se ocupaba de los brillos de lo que pudo haber sido y el óxido de lo que finalmente fue.

Aquí, como entonces, se ofrece un argumento sencillo que Barnes convierte en algo muy sofisticado y elegante y admirable; porque este inglés probablemente sea hoy por hoy el más brillante estructurador de argumentos y calibrador de la óptica de la mirada en lengua inglesa. Así, Barnes –el autor de esos laboratorios emocionales que son *Antes de conocernos*, *El sentido de un final...*– vuelve a atender su juego con



Barnes ganó el Booker en 2011

ABC

la historia del adolescente Paul Roberts, quien, a principios de los 60, regresa a la casa de sus padres en el Village de Surrey. Allí –cortesía de la erótica del tenis– conocerá a Susan MacLeod, esposa insatisfecha de casi cincuenta años. Y sucederá lo que inevitablemente deba suceder. Y algo más.

Con el tiempo y la práctica y

UN ARGUMENTO SENCILLO QUE BARNES CONVIERTE EN ALGO MUY SOFISTICADO Y ELEGANTE

cambiando su voz de primera a segunda y tercera persona, Paul utilizará esta historia iniciática para, en su madurez, elaborar la más terminal y definitiva de las teorías acerca de los sentimientos y de cómo contar aquello que preferiría no contarse y cómo se recuerda reinventando detalles decisivos de aquello que preferiría olvidarse. Y aquí, de nuevo, destellos

del autor fetiche de Barnes y de una de sus obras maestras: Gustave Flaubert y *La educación sentimental*, ese libro que Ford Madox Ford dijo leer catorce veces para poder comprender su auténtico significado.

Derrota

La única historia –sentimental, sí; pero como la de Flaubert también histórica y política erigiéndose sobre un momento de grande cambios sociales– destila todo aquello y se comprende de una sentada, pero no por eso resulta menos profunda o misteriosa. Así, medio siglo después del primer *match*, Paul alcanzará el *break point* no necesariamente a su favor. ¿Cómo termina todo? Respuesta: igual que terminaba *Metroland*. La única respuesta a la única historia –parece decirnos Barnes– es aquella que entiende a toda derrota (por el simple hecho de haberla vivido y experimentado) como una suerte de victoria.

O viceversa.

Ya se sabe: otra de las más tristes historias jamás oídas. ■